

listo para llenar con facilidad su cometido de caer por el flanco del enemigo, y quedaron prontas para combatir las brigadas mandadas por los generales Terrés, Martínez, Rangel, Perez, Anaya, Leon y el coronel Zerecero; además, se hallaban al Sur algunas fuerzas que vinieron á quedar al mando del general Bravo, gefe de aquella línea; la artillería contaba ciento cuatro cañones á las órdenes de los gefes Carrera, Parte-Arroyo, Aguado é Iglesias y habia un número suficiente de ingenieros.

Mandaba en gefe Santa-Anna, teniendo por segundo al general Herrera, y en esos momentos se dió el gratisimo espectáculo de que, aunque por poco tiempo, fueran olvidados los odios políticos; en la bizoña guardia nacional habia los sentimientos de honor y de delicadeza que convierten en valerosos aun á los más tímidos, y fueron á situarse los batallones que componian la brigada del Distrito Federal en el Peñon Viejo, compuesta de los batallones Hidalgo, Victoria, Bravos y otros, en tanto que en el Congreso resolvian los diputados, en una junta, que en el caso desgraciado de que cayera la capital en poder de los invasores se instalarian en Querétaro. Las avanzadas norte-americanas se dejaron ver frente al Peñon en la mañana del 13 de Agosto; fueron reuniéndose las divisiones enemigas en Ayotla donde el gefe Scott estableció su cuartel y envió partidas á recorrer el terreno por Santa Marta y el camino que va de San Isidro á Texcoco, guiándolas algunos bandidos que se llamaban mexicanos; pero haciendo un cambio brusco se dirigió el ejército enemigo á Tlalpam el 17, dejando burladas las esperanzas de los que preveian un ataque por el Peñon; los movimientos del enemigo en número de once mil soldados, no dejaron duda de que intentaba dar el ataque por el Sur, y esta conviccion produjo desfavorable efecto; todas las miradas se dirigieron hácia Tlalpam, Coyoacan y San Angel, regresaron á México las fuerzas que estuvieron en el Peñon y algo de sombrío se notó en ellas al salir erradas las creencias de un ataque por el rumbo espresado. La Division de Valencia pasó á situarse en Padierna, lugar escogido por el mismo general para detener en sus avances á los norte-americanos, no obstante que desaprobaron la eleccion los oficiales facultativos; Santa-Anna le mandó que se retirara á Coyoacan y Churubusco y Valencia hizo observaciones, aseguró que estaba dispuesto á obsequiar el mandato en caso de que insistiera el general en gefe en seguir el plan de defensa, y aun para ello habia dado sus órdenes; pero el 19 entre dos y tres de la tarde se empeñó un combate en el cual fueron rechazados los invasores, entonces soñó Valencia ceñirse los laureles de la victoria y no hizo caso de las órdenes que le repitió Santa-Anna con el ayudante D. Luis Arrieta, á las dos de la madrugada, para que se retirara, clavara las piezas de artillería é inutilizara el parque salvando solamente el que fuera posible, pues Valencia consideró una cobardía y un acto de debilidad retroceder cuando ya sentia sobre su frente la corona del triunfo; bajo la influencia de tales sentimientos rehusó obedecer, y fué derrotado al amanecer del dia 20 sin que Santa-Anna le auxiliara, tal vez porque no creyó posible la victoria, tal vez por no cederla al general desobediente; pero lo cierto es que faltó con tal pérdida la base del plan de defensa y que pudo considerarse desde aquel momento que México estaba perdida.

Aún procuró Santa-Anna organizar la defensa de la segunda linea concentrando las fuerzas en las garitas; mas para efectuar la retirada y salvar en ese dia la capital fué necesario que sucumbieran en gloriosa lucha y cayeran prisioneros los esforzados batallones de guardia nacional Independencia y Bravos, fortificados en el convento de Churubusco al mando de los generales D. Manuel Rincon y D. Pedro M. Anaya, habiendo

muerto allí los valientes Peñúñuri y Martínez de Castro. Tambien fueron defendidos el puente de Churubusco, la hacienda de San Antonio, la de Portales y á las cuatro de la tarde concluyó la desgraciada retirada en medio de espantoso desorden, llegando los norte-americanos hasta las trincheras de la garita de San Antonio. Santa-Anna, ante tan lamentable catástrofe dispuso que se oyeran las proposiciones que venia á hacer por parte de los Estados-Unidos Mr. Nicolas Trist y que fuera negociada una suspension de armas; pidió al presidente del Congreso que citara á los diputados para tratar tan importante asunto, y como en el mismo dia 21 solicitaba el general Scott, situado en Coyoacan, celebrar un armisticio, contestó desde luego el general mexicano que admitia con agrado la proposicion. Quería Scott que no se derramara más sangre y sostenia que ya era tiempo de transar las desavencias para lo cual proponia el armisticio que ajustaron por parte del gobierno mexicano los generales Mora y Villamil y Quijano, y por parte de Scott los gefes Quitman, Smith y Pierce: se suspendian las hostilidades en el círculo de treinta leguas cuyo centro era México, por el tiempo necesario para las negociaciones ó hasta que el gefe de alguno de los ejércitos avisara formalmente al otro que se renovaban, con cuarenta y ocho horas de anticipacion. Entretanto, ninguno de los dos ejércitos podia levantar obras de fortificacion ofensivas ó defensivas, ni reforzarse, debiendo quedar los refuerzos á veintiocho leguas de distancia del cuartel general, ni podian avanzar destacamentos ó individuos de la línea que entonces ocupaban, á no ser con bandera de parlamento y para asuntos permitidos por el mismo armisticio, y se pactaron otras condiciones respecto á víveres y al cange de prisioneros, á la administracion de justicia y las reglas para facilitar el cumplimiento de lo convenido.

Ratificado el armisticio en 24 de Agosto, fué comunicado á los gobernadores de los Estados, anunciando á la vez en una circular el ministro de Relaciones, que volverian á continuar las operaciones el 7 de Setiembre. El abundante oro que traian los norte-americanos condujo á su campo á los traficantes, sin que valieran nada las prohibiciones relativas ni las amenazas. Convocado el Congreso para tratar el asunto apénas se presentaron veintiocho diputados, y en consecuencia no se hizo más que excitar á los que faltaban para que se reunieran. Santa-Anna dió cuenta á la Nacion de las desgracias acontecidas, enumeró los esfuerzos que habia hecho para que la capital no cayera sin combatir en poder del invasor; habló de la desobediencia del general Valencia á quien atribuyó la falta de éxito de los planes formados; lamentó la desastrosa retirada que habia sido necesario emprender y expuso las razones que tuvo para admitir que se oyeran en Junta de ministros las proposiciones hechas por el comisionado de los Estados-Unidos, opinando porque era un absurdo una guerra perpetua, y amenazó con que castigaria severamente la insubordinacion y la sediccion. El armisticio encontró opositores y como circulaba el rumor de que se pactaban arreglos, protestaron en Toluca algunos diputados contra cualquier convenio que se hiciera sin la ratificacion del Congreso, considerándolo indecoroso además de anticonstitucional, y traidor al que lo concluyera. Las guerrillas en el camino de Veracruz seguian atacando los convoyes, y tambien en Tamaulipas hostilizaban á los extranjeros los gefes Urrea y Canales.

Santa-Anna quiso conocer la opinion de los oficiales en una Junta que convocó en 30 de Agosto; en ella los vocales manifestaron su resolucion de someterse á lo que el general en gefe dispusiera, éste tropezó con las mismas dificultades que ántes para seguir un partido estremo, y tan solo modificó el plan de defensa resolviendo tomar la ofensiva cuando lo considerara conveniente. Los primeros dias del armisticio fueron

empleados por los cinco comisionados mexicanos, que fueron los Sres. Couto, Atristain, Arroyo y los generales Herrera y Mora y Villamil, en conferenciar con Mr. Trist, comisionado para concluir la paz, siendo las conferencias en Atzacapotzaleco; mientras tenían efecto no faltaron incidentes graves como el que provino de haber entrado ciento catorce carros de los norte-americanos á sacar de la ciudad víveres, fundándose en el artículo 7º del armisticio; apedreados por el pueblo viéronse obligados los extranjeros á volverse sin el dinero y los víveres que buscaban, cuyo suceso empeoró la difícil posición en que se había colocado Santa-Anna. El comisionado norte-americano presentó un tratado inadmisible y en la tercera conferencia manifestaron los comisionados mexicanos que solamente pasaria el gobierno mexicano por la cesion del territorio de Tejas y de una parte de la Alta-California, pues nunca cederia tanto terreno como pretendian los Estados-Unidos. Habíase acordado en Junta de ministros entregar á Tejas, pero comprendiendo solamente el territorio hasta el rio de las Nueces, con la condicion de dar por terminadas las deudas que para con los Estados-Unidos tenia México, y quedó resuelto no acceder á la cesion de las Californias y Nuevo-México, á la petición sobre tránsito por el istmo de Tehuantepec y á la dispensa de derechos á los efectos introducidos durante la guerra; se llegó á conceder una parte de la Alta-California con la garantía de Inglaterra para el cumplimiento de los tratados.

Entonces el comisionado norte-americano pidió que el armisticio se extendiera por cuarenta y cinco dias más hasta que su gobierno resolviera; pero conociendo Santa-Anna que la opinión general aun estaba por la guerra, y que en ese plazo se reforzarian los contrarios y estudiarían mejor el plan de campaña, se opuso á la concesion, diciendo que llamado para defender la República no la dejaria sin combatir. El ministro de Relaciones, Sr. Pacheco, manifestó que era necesario escarmentar el orgullo norte-americano y aseguró que con un esfuerzo general y patriótico se lograría un triunfo que ocuparía brillantes páginas en la Historia y concluía negándose á firmar el tratado. No faltaron personas que se opusieran á las resoluciones de Santa-Anna y su ministro, calculando la imposibilidad para el buen éxito y se convino en convocar una Junta general para consultarla; mas despues cambió de parecer Santa-Anna y pasó una nota á los comisionados mexicanos en 5 de Setiembre, haciéndoles saber que no consentía en la prorogacion del armisticio, ni ménos en la cesion de Nuevo-México, cuyos habitantes habían dado inequívocas señales de que deseaban continuar unidos á México, y en tal sentido fué formulado por Santa-Anna un nuevo tratado. Puede haber influido en las determinaciones del general en jefe la acusacion inoportuna é imprudente que en los dias del armisticio presentó en su contra el diputado Gamboa, señalándole como traidor á la Patria, publicando en el «Boletín de Noticias,» que aparecía en Toluca, una produccion titulada: «Acusacion contra el general Santa-Anna.»

Con este escrito fueron perjudicados los intereses nacionales, pues en momentos tan críticos daba funestos resultados cualquiera causa que fomentara la desunion; las personas instruidas dieron su valor á las razones alegadas para la acusacion; pero entre la multitud fácil para aceptar vulgaridades y seguir las primeras impresiones, fué á producir efectos lamentables que recayeron por consecuencia sobre la Nacion. Dando por sentado el Sr. Gamboa, que había presenciado las batallas que tuvieron lugar en el Valle de México y asegurando que estaba bien informado de los pasos y providencias de Santa-Anna, sostuvo con calor y tal vez con conviccion, aunque dominado por las pasiones, que Santa-Anna había hecho traicion en la batalla de la Angostura y en Cerro-

Gordo, que era traicion haber abandonado á Puebla, haber dejado al enemigo expedito el camino para Venta de Córdoba y Tlalpam, no obstante las advertencias que se hicieron y añadió á la acusacion otros cargos por no haber atacado al invasor en el Arenal, por no haber auxiliado al general Valencia en la batalla del 19, por haber abandonado el fuerte de San Antonio, por haber dejado flanquear el puente de Churubusco sin prestar auxilio y por el armisticio celebrado que calificó de infame; achacaba tambien á Santa-Anna haber empobrecido y arruinado á su Patria no contento con entregarla al extranjero; haber hecho levantar trincheras que de nada habían de servir y, en una palabra, ser causa de la pérdida del territorio, de la nacionalidad y del honor de México, y de haber lanzado á una desventura sin término á todas las clases de la sociedad.

La sola lectura del documento da á conocer cuán apasionado estaba su autor, no siendo posible que distante del general Santa-Anna estuviera al tanto de los asuntos que habían de ser más reservados y de las providencias que dictara; además, ninguno de los que concurrieron á aquellos memorables combates había visto en el campo de batalla al Sr. Gamboa. Sin duda que Santa-Anna erró muchas veces y de una manera irreparable, que no tenía las altas dotes para salvar la difícilísima situación en que se hallaba México, y que la fortuna le fué contraria; pero de esto á ser traidor hay una distancia inmensa, tanto más difícil de salvar si se tiene en cuenta las veces que en el combate se espuso y el sello de sus intenciones impreso en el empeño y la actividad que desarrolló para cumplir la oferta que había hecho de combatir al invasor. Ante la actitud que tomó y la negativa de pasar por el tratado, declaró el general Scott el 6 de Setiembre que las hostilidades se rompían nuevamente, por haber violado los mexicanos el armisticio levantando obras nuevas y pedia una esplicacion, una satisfaccion y la reparacion del mal destruyéndolas, para lo cual daba el plazo de veinticuatro horas. Santa-Anna negó el hecho y achacó á sus contrarios el haber sido ellos quienes faltaron al armisticio. Desde este momento sonó á arrebató nuevamente la campana de Catedral y por las dos partes se aprestaron á continuar la guerra, habiéndose movido los norte-americanos para establecer en Tacubaya su cuartel general. Al romperse otra vez las hostilidades expidió Santa-Anna un manifiesto el dia 7, en el que aseguraba que era deshonrosa la paz propuesta por los invasores, y se dispuso la salida de todas las mujeres, los niños y los extranjeros cuando ya los campos del Molino del Rey habían sido teñidos el dia 8 con la sangre de los combatientes.

Scott dirigió sus esfuerzos á posesionarse del punto que ofrecía más dificultades y resistencia, que era Chapultepec, porque una vez vencido, la ciudad tendría que entregarse, y creyendo además, que en el Molino del Rey tenía el ejército mexicano pertrechos por estar allí la fundicion de cañones, dispuso que ese punto y el de Casa-Mata, al Noroeste de los Molinos, fueran asaltados y destruido el material de guerra que allí hubiese; como Santa-Anna, variando el plan de estar á la ofensiva, había acordado tomar la defensiva tan pronto como se ofreciera una ocasion, las determinaciones de ambos generales dieron por resultado la batalla del 8 en las lomas de Tacubaya. El dia anterior se formó una línea oblicua apoyada en aquellos dos edificios y protegido el centro por una zanja que guardaba en parte á las tropas; sostenía la izquierda la brigada del general Leon, la derecha la del general Perez y el centro la del general Ramirez, quedando la reserva en Chapultepec, y á una legua la caballería que debía decidir la batalla. Personalmente colocó Santa-Anna esas fuerzas con la tranquilidad que da la confianza en el triunfo, señaló minuciosamente la posición de las caballerías y se retiró